Miguel Hernández Poetapastor de palabras

Por FRAY JACINTO NICOLAS MATEOS

"Que no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España", exclamó Juan Ramón Jiménez al leer los primeros poemas de Miguel Hernández. No se ha perdido esta voz, no. Hace ahora justamente veinticinco lustros que se ha callado sólo, que ha caído redonda y estremecedora como un fruto maduro. Pero sigue ahí, como las buenas, alentando, enseñando, marcando las palabras a los hombres de las nuevas generaciones.

Treinta y dos años jóvenes bastaron a Miguel Hernández, a este "ruiseñor enlutado" del Sureste, para colocarse en la cima de la mejor poesía española de su tiempo. Su voz empieza, junto a la luz y el agua, en Orihuela, una ciudad tan transida de poesía que hasta el paisaje se hace verso libre y estirado en la verdísima palmera. Aquí viene a la vida el hombre y el poeta un 30 de octubre de 1910.

Hasta los once años, Miguel es un niño tímido y balbuciente, casi mudo, dedicado a la prosa de cada día, a conducir el ganado por los pastos de su tierra. Apenas sabe leer ni escribir. Pero en este menester silencioso y sosegado que le ocupa, su verbo empieza a desbordarse, a salirse hacia las cosas al contacto directo con la naturaleza: piedras extrañas que ruedan desde el monte, pájaros que no pueden tomarse de la mano, ovejas que se detienen asustadas ante el eco de su voz... Y nace el poeta asombrado, con su poesía primitiva, ingenua, pura. Empieza ahora el difícil pastoreo de la palabra. El poeta-pastor ha empuñado báculo y cayado para conducirlas. Primero, ordenada y pacientemente, hacia el verso ceñido del soneto. Después, más sueltas, más ruidosas de metáforas, hacia el verso largo y generoso. Así obtiene esa madurez y dominio, esa fuerza y verdad doliente que caracterizará toda su obra.

La poesía de Miguel Hernández está hecha de hombría, traspasada de un dolor existencial casi negro. Su corriente se cruza y se detiene en temas tan universales como el amor, la muerte, la raza y la difícil esperanza. Como el toro, como el rayo que no cesa, quedará él también definitivamente marcado para el dolor y la muerte. Diecisiete años de creación, apenas, diecisiete años edificando, diecisiete años empujando esa poesía inmensa, universal, casi cósmica, ha gastado el poeta en su obra. ¡Pozo ingenuo y hombre terrible este Miguel!

En su primera obra "Perito en lunas", escrita hacia 1933, se convoca el relampagueo y brillo de la metáfora gongorina. Viene luego, "Quien te ha visto y quien te vio", un auto sacramental con resonancias calderonianas. En "El silbo vulnerado", tema de corte y aldea, es Quevedo quien anda metido en hondura y barroquismo. Toda esta trilogía podría definirse como la obra construida a golpes de amor. A Miguel se le asoma a cada instante el niño que ha intentado ser, que ha bebido en los clásicos el agua más limpia llevada en la más cuidada forma de su verso.

Pero el oriolano tropezará un día con el verso existencialista y sangrante de Neruda, que dejará en él una huella indeleble y marcará su voz hacia otros horizontes más turbulentos y sospechosos. Ha ganado el escritor en valor expresivo, pero ha perdido, sin duda, el poeta. Porque la poesía está tan por encima de las intencionalidades, es tan frágil en su voluntad de dañar, que, al colocarla al servicio de cualquier partido acaba por quebrantarla un poco. Quizá sea ésta la acusación más seria que pueda formulársele contra una segunda poesía de Miguel Hernández. Esta segunda poesía se abre, además, en una fecha decisiva para la historia española, 1936. Aparece entonces "El rayo que no cesa", cuya temática es el dolor y la muerte. Sus poemas se retuercen aquí con el empuje vigoroso y bravío del toro acorralado, el deseo de vivir, por una parte, frente al destino estremecedor de la muerte. Seguirá a esta obra, "El labrador de más aire", que empalmaría con ciertos dramas pasionales y de aldea de Lorca. Más tarde, en plena efervescencia bélica, "Viento del pueblo" y "El hombre acecha", títulos que por sí solos definen su contenido. Hay aún una última serie poemática, escrita desde la prisión, "Cancionero y romancero de ausencias". Miguel recoge toda la ternura derramada a través de esa curva sinuosa que va de la mujer amada y lejana al hijo suyo doblemente perdido. Y acaba riéndose —Ultimas canciones— sólo, ahuecado y sin palabras ya, "con la alegre tristeza del olivo".

He citado intencionadamente este verso, casi finalista de su poesía. Porque en él se resumen plenamente todo el sentir hernandiano. El hombre maduro, el pensador, en este tronco adusto y rugoso del olivo. Y la emotividad, la ternura, que es su complemento, en la alegre tristeza. Ahí queda, si no, su obra. Y ese elogio sincero, compartido hoy por la gran mayoría, que Vicente Aleixandre dedicó ante la tumba de Miguel Hernández, en el cementerio de Alicante: "Tú, el puro y verdadero, tú, el más real de todos, tú, el no desaparecido".

(Publicado en la Estafeta Literaria el 25 de Marzo de 1967).